

El acontecimiento y su desplazamiento narrativo en *Tristes II*, de Ovidio

Por Víctor Ibarra Becerra*

*¿Qué decir de la poesía de Tícida o de la de Memio,
en la que las cosas se llaman por su nombre y nombres que ruborizan?*

Ovidio

*Es siguiendo la frontera, costeano la superficie,
como se pasa de los cuerpos a lo incorporal*

Gilles Deleuze

Al parecer, Ovidio no dice las cosas por su nombre: precede a la escritura del libro segundo de *Tristes* un evento silencioso. Sin embargo, podría afirmar que todo discurso carente de ingenuidad calla aquello de mayor relevancia, y que, por tanto, no sería una característica ni privativa ni definitoria del texto ovidiano. La hipótesis de este ensayo estriba, entonces, en determinar las particularidades de la elusión en la argumentación del libro segundo –que sería de una articulación doble–, es decir, cómo el acontecimiento mismo, en su indeterminación, es condición de posibilidad de la defensa y, a la vez, argumento, deviniendo a través del mito.

El acontecimiento en Deleuze

Es necesario determinar ciertos límites conceptuales a propósito de la noción de acontecimiento, precisamente en razón de su prolongada aparición en la

historia de la filosofía occidental. En este sentido, me ciño tanto a la terminología como a las fronteras planteadas por Gilles Deleuze, y su relectura de los hallazgos del pensamiento estoico respecto de las dimensiones de la proposición – precisamente porque los acontecimientos que me interesa analizar en Ovidio son, en último término, de orden discursivo–, y su relación de ubicuidad con el acontecimiento.

Para Deleuze la pregunta por el acontecimiento se deriva tanto del análisis del *non-sense* propio de Lewis Carroll, como de las aproximaciones teóricas que los estoicos realizan acerca de las dinámicas del cuerpo.[1] Según Deleuze, para estos últimos los cuerpos son causas los unos en relación con los otros –no efectos–, causas:

(...) de ciertas cosas, de una naturaleza completamente diferente [que] (...) no son cuerpos, sino "incorporales" (...). No son cualidades y propiedades físicas, sino atributos lógicos o dialécticos. No son cosas o estados de cosas, sino más bien que subsisten o insisten, con ese mínimo de ser que conviene a lo que no es una cosa, entidad existente. No son sustantivos ni adjetivos, sino verbos[2].

Una primera aproximación al acontecimiento sería, entonces, en términos de verbo. El acontecimiento tendría un carácter circular y tautológico. Se definiría por su propia expresión y puesta en marcha, y se sustraería no solo del sujeto, sino también del objeto. Su lógica tendería a la paradoja: no es, deviene. Esto quiere decir, en términos generales, que su condición "natural" es móvil, y escaparía, por definición, al presente temporal: actualiza permanentemente su pasado y su futuro y, por ello, resulta imposible situarlo espacio-temporalmente. "La paradoja aparece como destitución de la profundidad, exposición de los acontecimientos en la

superficie, despliegue del lenguaje a lo largo de este límite”[3]. Se aproximaría, más que todo, a una forma de relación, a un tránsito, a un suceso que no puede adjudicarse a un sujeto –y que tampoco se circunscribe a la corporalidad del objeto–, y a su reversibilidad en tanto devenir. Hay una oposición entre ser y devenir, tendiendo el primer concepto a la estaticidad, mientras que el segundo es más cercano a lo que media entre dos “cuerpos”, a la elisión del presente, al tránsito permanente subsumido a la paradoja de su reverso. Se hace necesario mencionar la distinción, pues para el autor la categoría de “acontecimiento” se relaciona de manera directa con la de “devenir”: “El acontecimiento es coextensivo al devenir, y el devenir mismo, coextensivo al lenguaje; la paradoja es pues esencialmente *sorites*, es decir, serie de proposiciones interrogativas que proceden según el devenir por adiciones y recortes sucesivos”[4]. Asumiendo que el devenir tiene como propiedad definitoria la huida respecto del presente, solo “[e]n la medida en que esquivo el presente (...) no soporta la separación ni la distinción entre el antes y el después, entre pasado y futuro”[5]. Sumado a esto su carácter coextensivo respecto del acontecimiento y del lenguaje, el escape del aquí y el ahora sería una propiedad compartida por las tres nociones. Llegado este punto se hace necesario circunscribir el acontecimiento al ámbito de la proposición, precisamente, porque el análisis que se pretende *a posteriori* es de carácter textual; y el objetivo es vislumbrar cómo Ovidio, sustraído a ratos de la enunciación, intenta representar el “acontecer”.

Entre estos acontecimientos-efectos y el lenguaje, o incluso la posibilidad del lenguaje, hay una relación esencial: pertenece a los acontecimientos el ser expresados o expresables, enunciados o enunciables por proposiciones cuando menos posibles. Pero hay muchas relaciones en la proposición; ¿cuál es la que conviene a los efectos de superficie, a los acontecimientos?[6].

Para Deleuze los estoicos resultan trascendentales, entre otras cosas, porque en su interpretación de las tres formas de relación clásicas de la proposición se abre la posibilidad de una cuarta: el sentido. En términos generales, y para situar la discusión, estas tres relaciones clásicas serían: la indicación o designación, que correspondería a la relación de la proposición misma “con un estado de cosas exterior (*datum*)”[7]; tendiente a la representación y cómo opera esta respecto de las imágenes. A este ejercicio subyace la lógica de lo verdadero y lo falso. En segundo término –aunque para Deleuze esta forma de relación “insiste” incluso antes que la designación– tenemos la manifestación, que corresponde a “la relación de la proposición con el sujeto que habla y se expresa”[8]. Posibilita la designación, en la medida que se configura como el enunciado de los deseos y creencias de la proposición misma, esa sería su forma de presentación. Y, para terminar, la significación o demostración, que establece la relación entre la palabra y el concepto universal o general, y la sintaxis y el concepto. Pero frente a esta taxonomía clásica, Deleuze se pregunta por la efectividad y la suficiencia de sus operaciones y, a partir de la noción de acontecimiento extraída y reformulada desde el estoicismo concluye que no: hay una cuarta dimensión que no ha sido descubierta a causa de su sutileza, llamada sentido, región donde, efectivamente, reside el acontecimiento: “El sentido es la cuarta dimensión de la proposición. Los estoicos la descubrieron con el acontecimiento: el sentido es *lo expresado de la proposición*, este incorporal en la superficie de las cosas, entidad compleja irreductible, acontecimiento puro que insiste o subsiste en la proposición”[9]. El sentido sería “(...) exactamente la frontera entre las proposiciones y las cosas (...). Es *acontecimiento* en este sentido: *la condición de no confundir el acontecimiento con su efectuar espacio-temporal en un estado de cosas*. Así pues, no hay que preguntar cuál es el sentido de un acontecimiento: el acontecimiento es el sentido mismo. El

acontecimiento pertenece esencialmente al lenguaje, pero el lenguaje es lo que se dice de las cosas"[10]. Aquí se confirma que el acontecimiento se manifiesta sustraído tanto del sujeto como del objeto. Su pertenencia al lenguaje, entonces, estaría condicionada por la definición del mismo: "lo que se dice de las cosas", por tanto, si bien está restringido a su expresión en la proposición discursiva –y esta es la conclusión a la que quería llegar– no es, en medida alguna, la proposición misma, y su devenir no puede ser determinado espacio-temporalmente a través del lenguaje. Únicamente es rastreable su flujo en la constante actualización del silencio –en el caso de Ovidio– de un sustantivo que desconocemos, a través de un verbo concreto que nos remite al acontecimiento fuera de toda circunspección temporal: "¿Por qué tuve yo que *ver* algo?" (*Tr.*2.104). Vale decir, el acontecimiento no nos es desconocido. La elisión es de orden sustantiva. Me valgo de la misma distinción deleuziana: "Por una parte, los nombres propios singulares, los sustantivos y los adjetivos generales que señalan medidas, paradas, descensos, presencias; por otra parte, los verbos que arrastran con ellos al devenir y su tren de acontecimientos reversibles, y cuyo presente se divide hasta el infinito en pasado y futuro"[11].

El desplazamiento en Ovidio

En Ovidio distingo dos acontecimientos principales: primero, su exilio o relegamiento y, segundo, el evento que se calla a lo largo de toda la carta, y que tiende a considerarse como la causa del exilio mismo. Respecto del primero, identifiqué un problema: que su representación es imposible, precisamente porque el ámbito privativo del acontecimiento, en términos de la proposición, es la dimensión del sentido, no la de la designación; por tanto, escapa constantemente

de la enunciación y solo puede ser sobrentendido en razón del devenir y la elusión del presente. El segundo caso es más complejo. Además de compartir el obstáculo del acontecimiento anterior porque también elude el presente, o su representación narrativa, aunque desconocemos el evento, es posible leer el desplazamiento del acontecimiento sin nunca desentrañar lo que se oculta, pese a la gran cantidad de ejemplos que, a lo largo de la obra, intentan aproximarse a ese sustantivo elidido, a ese acusativo silencioso que se escapa a la lectura.

El libro segundo de *Tristes* se configura como la defensa tardía[12] de un crimen que nunca se enuncia, el cual, además, se yergue como argumento principal y articulador de sentido. “Concedamos que me han perdido dos delitos: un poema y un error; sobre la culpabilidad del segundo de estos delitos es mejor que calle, pues yo no valgo tanto la pena como para reabrir tus heridas, César, y ya es más que demasiado que hayas sufrido una sola vez”[13]. Como ilustra la cita, son dos las causas del exilio. Sin embargo, es condición permanente de la defensa el callar la segunda, y es esta omisión la que nos interesa en términos de acontecimiento. Empero, comprobar su irrepresentabilidad, o la del exilio mismo, tiene como condición determinar en qué medida “deviene” a lo largo del texto, a partir de un elemento concreto de la narración. Básicamente, porque esta obra no cumple con las condiciones del *non-sense* de Lewis Carroll, excusa textual perfecta para la comprensión de la paradoja temporal del acontecimiento. “Es sorprendente constatar que toda la obra lógica concierne directamente a la significación, las implicaciones y las conclusiones, y no concierne al sentido más que indirectamente, precisamente por mediación de las paradojas que la significación no resuelve, o que crea incluso”[14]. La primera paradoja, que envuelve a ambos casos, consiste en el conocimiento del acontecimiento: que Ovidio ve, pero la ignorancia de sus detalles, o del resto de su sintaxis. En segundo lugar, la

confinación al Ponto, pero la constante negativa del autor –que desaparece en la configuración del sentido[15]– de enunciar la causa verdadera[16], y defender, empero, la inimputabilidad de su arte. El mismo silencio, pero desde puntos de vista distintos. Sin embargo ese preciso instante de fuga (la defensa literaria) ilustra, de manera cabal, el devenir tanto de lo *visto* como de lo *relegado*. La descripción detallada de los distintos referentes literarios, tanto latinos como griegos, cuyo contenido puede incitar placeres similares a los consignados en el *Amores* (y cuyos autores no han sido castigados de manera tan radical como Ovidio), presenta el problema de la metamorfosis propia del mito. La aparición de este en el texto, y su posibilidad permanente de variación, de mutación, como consignara el mismo autor en sus *Metamorfosis* a propósito de los cuerpos que cambian, se configura como la reafirmación de ese carácter inasible del acontecimiento. Esta pequeña “historia de la literatura” en clave erótica no deja de circundar lo silenciado y, sin embargo, intenta reemplazar permanentemente “lo visto”, el sustantivo que se resta de la sintaxis. Opera la presentación del crimen, o del yerro, bajo la estructura del entimema y paradigma: un silogismo que parece claro, que consta de tres premisas –la última se extrae de las otras dos–, pero cuya segunda “premisa” está construida, en el caso ovidiano, con ejemplos de mito. En este sentido, efectivamente se comprueba que ese ejemplo intenta suplir, a nivel de sentido –cuarta dimensión de la proposición, región del acontecimiento– el sustantivo elidido que revelaría las características del crimen:

¿Por qué tuve yo que ver algo? ¿Por qué torné culpables mis ojos? ¿Por qué, ¡imprudente de mí!, tuve yo conocimiento de aquel delito? Sin pretenderlo, Acteón contempló desnuda a Diana y, sin embargo, no por ello fue menos presa de sus

proprios perros; y es que a los ojos de los dioses, hasta el azar hay que expiarlo y un hecho casual no obtiene perdón, si ha sido ofendida una divinidad[17].

Ovidio acepta haber visto algo, pero desconocemos las características de *lo visto*: es a través del ejemplo que logra silenciar el sustantivo. El carácter mitológico no hace más que subrayar la imposibilidad de acceder a una esencia, considerando, por un lado, la variación constante en la constitución del mito y, por otra, que su inclusión en el cuerpo textual a modo de paradigma responde, precisamente, al orden de la sugerencia, no al de la revelación. Es esta región paradigmática la que impregna de sentido al libro segundo de *Tristes*, precisamente en la designación de un nombre, a partir de una manifestación del enunciante con un grado de significación particular. La carga de sentido, el acontecimiento de ver, y estar viendo eso desconocido, y ser exiliado, se actualiza permanentemente en la variación del mito, que no deja transitar entre su violencia fundacional, y la indeterminación de su carácter futuro. Los cuerpos mutan, entonces, de manera ininterrumpida en *Tristes*, y no hay mejor manera de aproximarse al devenir sino a través de un elemento que, tanto a nivel de significante como de significado, varía constantemente. En síntesis, el acontecimiento hallaría un eco, un correlato, en esta característica formal de los paradigmas, *mutata*, que devienen *aliquid*; transitaría su actualización reversible en la propia reversibilidad del mito, y, finalmente, la presentación de ambos no se reduciría más que a mutación.

La voluntad de silencio que atraviesa el discurso contrasta con el carácter accidental del evento en Ovidio: la articulación del mismo es doble en cuanto que nunca se enuncia su “detalle”, por así decir y, no obstante, se le otorga sentido: acontece. Pero los paradigmas mitológicos en la argumentación del autor

continúan a lo largo del texto, siempre teniendo como sostén que lo escrito –que oculta en su formulación irónica y metafórica lo visto y lo relegado, los acontecimientos– es inimputable:

Si lees a Electra y al demente Orestes, lees también el crimen de Egisto y de la hija de Tindáreo. ¿Y qué decir del severo domador de la Quimera, al que una insidiosa anfitriona casi entregó a la muerte? ¿Qué decir de Hermíone, de ti, virgen hija de Esqueneo, y de ti, sacerdotisa de Febo, amada por el jefe micénico? ¿Qué decir de Dánae, de la nuera de Dánae, de la madre de Lileo, de Hemón y de aquella por la que se reunieron dos noches? ¿Qué decir del yerno de Pelias, de Teseo o de aquel de entre los pelagos que, al desembarcar, tocó el primero tierra troyana? Hay que añadir a esto Yole, la madre de Pirro, la esposa de Hércules, Hilas y el muchacho troyano[18]

Finalmente, es la descripción mítica la que permite el desplazamiento narrativo de Ovidio a través de la enunciación... sin revelar nunca, empero, el verdadero nombre tras el ocultamiento. Y si la experiencia del acontecimiento es tan indecible y la negativa de César ante la súplica absolutamente irrestricta, entonces subraya la historia lo monstruoso del ocultamiento[19], y si bien Ovidio no obtiene ni perdón ni merma, queda al menos interpretar la ironía de *Tristes* como la velada venganza de un Prometeo encadenado frente a Zeus tonante.

* Víctor Ibarra Becerra es Estudiante de Literatura de la Universidad Diego Portales y cursa el Diploma en Honores de Pensamiento Contemporáneo en la misma casa de estudios.

* Ponencia presentada en el Coloquio “Ensayo y Error”, en la Pontificia Universidad Católica de Chile (Junio, 2011)

[1] Sobre este tema, véase: Thomas Joyce, “There was an Old man...: the sense of Nonsense verse”, *Children’s Literature Association Quarterly*, vol. 10, núm. 3, 1985, pp.119-122

[2] Gilles Deleuze, *Lógica del sentido*, Paidós, Barcelona, Paidós, 1994, p. 28

[3] Deleuze, op. cit., p.32

[4] *Ibíd.*

[5] Deleuze, op. cit., p.25

[6] Deleuze, op. cit., p.35

[7] *Ibíd.*

[8] Deleuze, op. cit., p.36

[9] Deleuze, op. cit., p.41

[10] Deleuze, op. cit., p.44

[11] Deleuze, op. cit., p.47

[12] Vale decir, efectuada de manera posterior a la condena, dando cuenta, a su vez, de la ausencia de proceso.

[13] Ovidio.*Tristes*.2.208-10

[14] Deleuze, op. Cit., pp.44-5

[15] Porque el Acontecimiento carece de sujeto: es su propio autor.

[16] Que no es de orden literaria

[17] Ov.Tr.2.104-8

[18] Ov.Tr.2.395-408

[19] Tan monstruoso que, no conforme con no ser dicho, no fue perdonado.

Para citar este artículo:

Ibarra Becerra, Víctor, "El acontecimiento y su desplazamiento narrativo en Tristes II, de Ovidio", *Revista Historias del Orbis Terrarum, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas*, ISSN 0718-7246, vol. 1, Santiago, 2011, pp.57-67